



El Eco de la Cruz

PAX VOBIS

Año XXVIII

Zaragoza, 1 Octubre 1926

Núm. 659

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 5

Teléf. 1574

Surcual de EL ECO DE LA CRUZ

Calle Benavente y Moriones, 5
fábrica de toquillas (antiguo
camino del Sábado).

agrado. Vea por qué nunca le hablé de ella. Hoy sí, murió en el pasado mes.

Y no me pregunte cómo se llama; no le diré su nombre, aun habiendo ya muerto. Su nombre no debo darlo yo. Si alguien lo diera un día, yo diría de esa santa muchas cosas que hoy tengo que callar. ¿Cómo decirlo todo en una epístola?

Nació de familia humildísima, y pasó sus primeros años derrochando candor e inocencia.

Cuando hubo hecho su primera comunión, la gracia se apoderó de ella y la abrasó; esto sencillamente, la abrasó. Nadie le había enseñado a orar, y pasaba en oración larguísimo rato. Estar a solas con Dios era todo su anhelo, y para hacerlo con más libertad, se levantaba a altas horas de la noche.

Era un encanto oírle hablar de las noches que había pasado en vela en los años de su juventud. —¿Y qué hacía entonces? —le preguntaba yo un día—. Como no sabía nada de nada —me contestó— me estaba allí quietecita, como si estuviera descansando en los brazos de Nuestro Señor. ¡Y qué bien estaba así! Y tanto gusto le cogí a esto, que después, durante el día, no sabía pensar más que en Dios. ¡Y qué saltos me daba el corazón muchas veces! y qué fatigas pasaba muchos días! había ratos en que sentía dentro de mi corazón como un fuego que lo consumía. No tenía envidia más que a las Religiosas que pueden estar siempre con Nuestro Señor. Y como entre las faenas del campo y de la casa no me quedaba ni un cuarto de hora libre durante el día, me lo cobraba por la noche.

¡Ser Religiosa! esta era toda su aspiración en los años de su juventud, ser Religiosa, y de clausura pre-

cisamente, para no tener otra ocupación que amar a Dios y estar siempre con El, sin estorbos de ninguna clase. Pero esto le parecía favor tan extraordinario, que ni se atrevía a pedirselo a Dios. Y resignada a vivir en su pueblo siempre, pero no resignada a dejar de amar a Dios con todas sus fuerzas, y sólo a El, un día hizo la promesa de no cometer pecado a sabiendas y de no casarse nunca.

Dios, que la regalaba grandemente dejándose sentir de ella en una paz que por nada se alteraba, y en una alegría interior que no la abandonaba nunca, y en unas ansias, cada día más irresistibles, de amarle sin medida, recibió con agrado su doble promesa, y... cuando yo la conocí, no recordaba de pecado cometido a sabiendas en los años de su juventud, y era ya Religiosa franciscana.

No he de decir cómo, al verse en el plácido retiro de la clausura, se dió al amor de Dios: se dió a ello como sólo pueden darse los que Dios elige para ser predilectos suyos.

Noches enteras, unas en su celda, otras en el coro de su Iglesia, en oración subidísima, suspirando y llorando, humillándose y pidiendo, desagraviando y amando, consumiéndose a la presencia del Señor como leño arrojado a las llamas de un volcán. Y a temporadas, y no cortas, varias noches de no pocas semanas sin interrupción.

Disciplinas sangrientas, en largas temporadas dos y tres días en semana, que no lograban calmar sus ansias indescriptibles de darse a Dios en holocausto de su amor, y que más crecían cuanto más sangre arrancaba de sus carnes inocentes.

El cilicio, que llegó a abrir heridas no pocas en su cuerpo, y que a temporadas no dejaba cicatrizar, pues el

EPÍSTOLA

(UNA SANTA)

R. A. de C.: Me tiene usted dicho que le avise cuando sepa de algún santo de nuestros días, y la hora de avisarle llegó ya. Yo sé de una santa.

No le he hablado antes de ella, porque vivía aún, y a los santos, mientras viven, hay que dejarlos en paz. Una indiscreción puede levantar en torno suyo montañas de admiración fanática y de alabanzas impertinentes.

Claro que un santo alza su vuelo sobre ellas y no pasa nada; pero pueden ser un peligro para su santidad, yo sé de un caso en que lo fueron, y desde luego son algo molesto que el santo soporta y sufre con vivo des-

cilicio se encargaba de mantenerlas abiertas.

Su humildad, que no le toleró nunca dejar salir al exterior cosa que no fuera compatible con la vulgaridad corriente.

Su bondad, que tenía siempre a mano un servicio que prestar, y una palabra dulce que proferir, y una abnegación con que humillarse delicadamente.

Su caridad, que sabía excusarlo todo, disimularlo todo, y cuando era posible, justificarlo todo.

Su presencia de Dios, con quien vivía en unión estrechísima, siempre viva, siempre fervorosa y tierna.

Su espíritu de sacrificio, que la llevó a ofrecerse como víctima, ofrecimiento que Dios aceptó dándole la enfermedad larga y penosa que la ha llevado al sepulcro.

Los regalos que Dios la hizo; ¿arrobamientos? éxtasis?, no lo sé, no me lo pregunte, no es esta ocasión de saberlo.

¿Qué más?

Nada más, va resultando esta epístola demasiado larga.

¿Creía usted que no había santos hoy? sepa que el mes pasado murió uno.

¿Que cómo se llamaba? que en dónde murió?

De usted devotísimo, s. s.,

M. DE SANTA CATAINA.

DOS ALMAS

Una que va hacia lo eterno

Y otra que a la tierra va,

Se encuentran y hablan dos almas

De condición desigual.

La más "vieja" hace un momento

Pudo a su cuerpo dejar,

Y la "joven", es tan joven,

Que aún no comenzó su edad,

Si bien llegará muy pronto

A la vida terrenal,

Con todos los sinsabores

Y la responsabilidad

Que ha de poner en su vida

El pecado original.

—Dime, alma de Dios: ¿Quién eres?

¡Desgraciada! ¿A dónde vas?

—Soy un alma; voy al mundo;

Dios me envía. ¿Qué será?

—Pues el peligro mayor

Que te puedes figurar.

—¿No seré dichosa?

—Nunca.

—¿Tendré cuerpo?

—Lo tendrás.

—¿Y qué es el cuerpo?

—El cuerpo es,

O mejor dicho, será

Tu principal enemigo.

—Y el cuerpo ¿en dónde estará?

—Sobre ti misma, oprimiéndote

Como una argolla infernal.

—¿De qué es el cuerpo?

—De barro.

—¿Y sirve?

—Para manchar.

—¿Para manchar mi pureza?

—Y para trocar en mal

Todo lo bueno que, en ti,

Puso la divinidad.

—¿Tú vienes del mundo?

—Ahora

Lo acabo de abandonar.

—¿Viviste mucho?

—Cien años.

—¡Cien años! ¿Y a dónde vas?

—Voy a rendir cuenta a Dios

De mi vida terrenal.

—Y cuando hayas dado cuenta, Dime, ¿qué te pasará?

—Que me quedará con Dios,

Si el perdón logro alcanzar,

O que me condenaré

Por toda una eternidad.

—Y si te condenas, dime:

¿Cómo te condenarás?

—Hundiéndome en el infierno.

—¿Para qué?

—Para penar.

—¿Qué es penar?

—No ver a Dios.

—Pero ¿nunca lo verás?

—Nunca, pues si me condeno

Por toda una eternidad,

Yo no seré, de Dios, hijo.

—¿De quién, pues?

—De Satanás.

—¡Horror; mil veces horror!

¿Y eso a mí me ocurrirá?

—Todo depende del cuerpo

Que te está esperando ya.

Tu alma es pura; él es de cieno,

Y como siempre estarás

Dentro de ese cuerpo sucio,

Tu pureza acabará

Transformándose en el barro

De tu cuerpo y, al final,

Cuando Dios te pida el alma,

Porque es suya, no podrás

Darle otra cosa que el barro

De tu vida terrenal.

—Y así ¿me condenaré?

—Así te condenarás.

—Entonces ¿no hay salvación?

—Si la hay. Te puedes salvar

Si, en vez de ceder el alma

Al arrebato carnal,

Es la carne la que cede

A tu espiritualidad.

Pueden convertirse, en barro,

Las almas; pero sabrás

Que el barro, si el alma es fuerte,

Se puede purificar.

—Y si purifico el mío

¿Triunfaré?

—Te salvarás.

—Sigo, pues, hacia la tierra.

—Yo voy a la eternidad.

Una que va hacia lo eterno

Y otra que a la tierra va,

Sepáranse las dos almas

Que acaban de conversar.

—¡Señor! ¿Qué será la vida?

—¿Qué será la eternidad?

—¿En dónde estará mi cuerpo?

—Y mi cielo, ¿en dónde está?

—¡Perdón para la que vuelve!

—¡Gracia para la que va!

MARCIAL.



—Macario, Macario, Macariooo.
Macario cantando a grito pelado por adentro:

Te digo que en estos días
no me tienes que llamar;
ya llamarás cuando pasen
estos días del Pilar.

El Mago.—Macario, no tengas ganas de bromas.

Macario:

No tengo ganas de groma
pero yo estoy en mi drecho,
tol año atao a la cadena
hay que soltar a los presos.

Que es la Virgen del Pilar
y en ese día tan grande
no hago yo un perol de sopas
ni pa usté ni para nadie.

El Mago.—Vamos a acabar muy mal.

Macario:

No te empeñes en que ceda
que acabaremos muy mal;
una, dos, tres, cuatro, cinco,
y párate de contar.

El Mago.—¿Cómo me hago el desayuno?

Macario:

¿Cómo me hago el desayuno?
Eso es lo que digo yo:
compro media ocena e churros
y ya estoy como un reloj.

El Mago.—Tú quieres que yo me muera.

Macario:

Yo le digo a mi querer:
dame estos días de juerga,
si no me los das, adiós,
tú quieres que yo me muera.

El Mago.—¿Y cómo me haré la cama, si no me la he hecho en mi vida?

Macario:

Pa dormir bien arropao
to la noche bien tranquila,
ponte una manta pa abajo
y otra manta por arriba.

(Entra).

El Mago.—En primer lugar, no me hables en verso, porque los versos me ponen malo, sobre todo si son tan malos como los tuyos.

—Por Dios, señor Mago, que estos versos no son míos, que son de la Virgen del Pilar.

—Mira, Macario, el que vaya a llegar la Virgen Santísima del Pilar no es motivo suficiente para que dejemos nuestras lecciones habituales; conque no empieces a hacer el tonto y no me hagas incomodar. Precisamente, debemos desear que la San-

tísima Virgen nos encuentre cumpliendo con nuestro deber.

—Pero el principal deber de todo hijo, ya se sabe que es *bebese* cuatro copas y echar una cana al aire.

—Estás muy equivocado, Macario. En los pueblos paganos, si; como quiera que sus dioses eran demonios, cuantos más excesos cometían, se daban por más satisfechos. Pero nosotros, no; hemos de procurar ser perfectos en todas nuestras cosas y, cuanto más cerca nos juzguemos de Dios, más santidad debe reinar en nosotros. De modo que, si quieres honrar a la Virgen Santísima, nada de juergas ni jaleos.

—Vamos a rezar las cruces, ponga *usté* unas fiestas rancias y más vale que la Virgen se quede solica en casa.

—No, señor, no, señor; de mi cuenta corre el poner aquí, en casa, algún extraordinario en la comida.

—Ya sé lo que me dará como cosa extraordinaria.

¿No lo adivina el *señor*?

Un par de churros y gracias.

Vaya, primero me marchó que yo, de uno u otro modo, pienso pasar estos días entre Pinto y Valdemoro.

—Te guardarás tú muy bien, de hacer nada que desdiga de lo que esta casa es, y de lo que yo te diga.

—Hola, ¿*paice* que *usté* también habla en verso?

—Por lo visto me voy contagiando. Conque, ya lo sabes: mucha formalidad, mucho respeto y, mira lo que haces, que ya te veo camino de tu pueblo, a que te recoja tu hermano Sebastián.

—Yo no me voy a mi pueblo ni miré, aunque me despida, que *tié* *usté* un corazón que se adolece en seguida.

—Cuando yo tomo una determinación, no me hace retroceder nadie.

—¿Con que vas siempre a una [cara?

En fin, ya me lo dirás, que únicamente los ríos no se *güelven p'hancia* atrás.

No se canse, *señor* mío, la Virgen m'está esperando, q'himos hablao esta mañana y *nus himos arreglao*.

—De modo que esto no tiene remedio.

No lo tiene, no, *señor*, porque al llegar estos días se me van solos los pies, las piernas y las rodillas.

Que no puedo *remedialo*, pues cuando salga la diana, si *usté* me cierra la puerta, me tiro por la ventana.

—Ya comprendo, hijo mío, ya comprendo; eres tan pequeño y miserable que cualquier cosa te esclaviza y te quita la libertad. Pero como tú pones por pretexto la Virgen Santísima del Pilar, cedo y te doy mi permiso para todo, con tal que no sea ninguna cosa mala.

—Gloria in excelsis Deo, Deo gracias, *aleluya*, que han de salir los gigantes y yo voy de cabezuda.

Suenen las campanas, y los morteretes, y estallen de pronto castillos y *güetes*.

—Espero, Macario, que luego que pasen las fiestas te portarás bien, porque cree que hago un gran sacrificio. Mira, Macario, hijo mío; márchate cuanto antes a donde quieras; siento que te hayas tomado las fiestas con tanta anticipación; pero márchate, porque si no voy a caer enfermo.

—Es que quiero echar una serenata a *ca* personaje importante y me quería ensayar.

—Pues cuanto antes, que me estás molestando mucho.

—Allá voy, y comienzo por la Virgen:

A las puertas de tu casa
hi de plantar un peral (*si me dejan*)
pa que las coma la Virgen
sin que le cuesten un rial.

A la puerta de tu casa
hi de plantar un manzano,
pa que refresque la Virgen
en invierno y en verano.

Virgen Santa del Pilar,
tápate bien los oídos,
que muchos hombres blasfeman
y no quieren ser tus hijos.

Señor Alcalde mayor,
lléguese por la ribera
y verá las inmundicias
de esos hombres que blasfeman.

—Bien, muy bien, firme, firme. Aunque, gracias a Dios, ahora no se blasfema tanto; pero no está de más.

—Al *señor* Gobernador con amor le pediría, quiten los evacuatorios de *muchismas* librerías.

—Digo lo mismo, hijo mío: bien, muy bien; veo que te vas afinando. Pero, ahora, formalmente: veo que estás perdiendo el tiempo, y tu manera de ser y de pensar me da motivo para un sermón corto, unos diez minutos, ya que no oirás, tal vez, otro en los días de fiesta de la Virgen del Pilar. Y lo primero que me ocurre es el considerar el absurdo de la vida de la mayor parte de los hombres, de la tuya, por ejemplo. Porque tú quieres a la Virgen del Pilar.

—Más que a mi vida.

—Bueno, ya será un poco menos.

—No le rebajo ni un céntimo.

—Está bien; pero tu amor a la Virgen es un amor de truenos y de relámpagos; de mucho ruido, y el ruido no hace bien. Por eso, porque tu amor es un amor cascabelero lo comparo yo a los fuegos artificiales, que parecen una gran cosa y no son nada. Eres como una caja de madera vacía, que la golpean y hace mucho ruido; pero es por eso, porque está vacía. Así, los amores más grandes no son los amores que hacen mucho ruido; sino aquellos amores que son como el agua de temporal, que cae mucha y toda se aprovecha, sin hacer el menor ruido. Y lo que te pasa a ti...

—No, a mí no me pasa nada.

—Lo que a ti te pasa les pasa a muchas gentes, que hacen mucho ruido para disimular el vacío que hay dentro. Lo que a ti te domina en estos días es ver la diana, ver los gigantes, ver los fuegos y las casetas de feria, y eso está muy lejos del amor que debemos a la Virgen del Pilar. No es que todas esas cosas en sí sean malas, pero tomadas como objeto principal de las fiestas, no es querer a la Virgen, es querer a sí

mismo, a su propio goce, a su propia distracción. Oye las conversaciones de todos aquellos que arden en deseos de que lleguen las fiestas del Pilar y verás que la mayor parte no hablan, sacando la trompetería, más que de los toros, del teatro, de las carreras de caballos, etc., etc. Y ya lo sabes, dime lo que hablas y te diré lo que eres. Si tu amor a la Virgen fuera verdadero, sentirías siempre lo mismo. Pero no, señor. Lo que menos piensas es en decir: "¿Qué querrá la Virgen de mí?"; no te ocupas más que de lo que le gusta a Macario. Por eso, yo aprovecho esta ocasión para decir una vez más, a ti y al mundo, desde este rincón de mi Tebaida querida: "Esta civilización de que tan envanecidos están los hombres es una civilización falsa, de *doublé*, que, a la corta o a la larga, sacará toda la podredumbre que corroe sus entrañas. Las sociedades son fieras; sólo la religión verdadera, bien entendida y mejor interpretada, con una mano poderosa y una fuerza que le viene de arriba, puede domesticar esa fiera. Mientras yo no vea esa religión pujante y gloriosa, no creeré en esta civilización, que sólo se ocupa de la mitad del hombre, de procurar lo que agrada a su cuerpo, abandonando el alma a las soledades sombrías de los desvanes de cerebros marchitos. Por eso, esta civilización no nos dará más que fuegos artificiales, pasatiempos de un minuto; no la culpéis por eso, no tiene más, no tiene otra cosa, ¡qué lástima! Hoy, la mayor parte de los hombres, que ven de lejos, abominan del Parlamentarismo; hace un siglo no se podía hablar de eso: el Parlamentarismo era el ídolo, era algo sagrado que había que adorar de lejos, sin tocarlo. Hoy, la realidad lo está haciendo astillas, pues fué la Caja de Pandora de donde han salido los males que afligen al mundo. Lo mismo pasará con esta civilización de aturdimiento general. ¿Queréis un ejemplo de lo mal que lo está haciendo esta civilización y me retiro? Pues bien, tanto que se habla de asegurar las subsistencias para el cuerpo, os aseguro y, si es preciso, os juro, que la mayor parte de los espíritus se están muriendo de hambre. Y ante ese hecho escandaloso, la civilización ha inventado... ¿el qué?... Un gesto, encogerse de hombros. Así se engaña al mundo. Yo me pongo frente al mundo y sus poderes, y me contento con decir en nombre de mi Dios: "No queráis ser como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento". Vete.

—Bueno, me voy; pero, por si no *nus* vemos, haga *usté* el favor de darle muchas expresiones a la Aurora.

—¿A qué Aurora?

—A la Aurora, hombre, que me quiere al querer de su vida.

—No la conozco.

—¿No la conoce? Si la conoce *tol* pueblo.

—¿Qué pueblo?

—Herrera, hombre.

—Pues no la conozco.

—¿No conoce a la Aurora, la criada de la Farmacia, que hasta *pué* que entremos en relaciones, si me las pide, que *pué* que me las pida?

—Anda, anda, vete en paz, *avechicho*, ¡tenerte que aguantar!

EL MAGO.

HOJA PARROQUIAL DE ALCOBENDAS

Conclusión de milagro del vino

A continuación declaró el milagro Pedro López, gallego, que estuvo en casa de Juan Perdigüero todo el día 24, dando vino a todos los que lo pedían. Después, la autoridad dispuso una inspección ocular, a fin de ver si podía haber algún fraude, por donde no pudiera asegurarse el milagro; pero de la investigación resultó certeza del dicho milagro. Después compareció Juan Méndez, de Madrid; Miguel Fernández de Armental, Contador de Su Majestad; Pedro Pérez de la Fuente, Alonso de Estrada, Juan Pingarrón, de Getafe; Manuel Cabello, D. Francisco Pérez, Pbro., Capellán del Sr. Obispo de Plasencia; Antonio de Padilla, D. Alonso Román, Beneficiado de esta Villa; D. Francisco Méndez, Presbítero de esta Villa; Felipe Perdigüero; el P. Jerónimo de Mata, Religioso de la Santísima Trinidad, de Madrid; D. Alonso Verdugo y Osorio, Secretario del Sr. Conde de Puñonrostro; P. Juan Velázquez, carmelita; D. Juan Méndez Coronel, Alcalde ordinario; Francisco Sagasti, D. Bartolomé Rodríguez, Presbítero de esta Villa; D. Francisco de Vera, escribano de Su Majestad y del Ayuntamiento de esta Villa; D. Luis Ramos de Salcedo, montero de Su Majestad, Teniente Gobernador en esta Villa y Alcaide de la casa y bosque de La Moraleja, del Sr. Conde de Puñonrostro, y otros varios, entre ellos don Eduardo de Castro, médico titular, que aseguró que un niño de tres años, hijo de Diego Aguado y María Ayala, tomó una fuerte dosis de solimán, y se puso completamente bien en cuanto bebió el vino, como muchos otros enfermos.

Fiestas del primer Centenario del Milagro (1777)

Día 23 de Enero.—Se cantaron Vísperas solemnes, estando S. D. M. manifiesto, como los días sucesivos, y concluidas, se rezó el rosario, cantándose después letanía y Salve.

Día 24.—Hizo la fiesta el Excelentísimo Sr. D. Francisco Javier Arias y Centurión, Conde de Puñonrostro, natural y señor de esta Villa; celebré yo el infrascripto Cura propio la misa mayor, asistiendo de Diáconos los dos beneficiados de esta Iglesia; predicó el Dr. D. Pedro Benedicto, Cura propio de la Parroquial de Santiago Apóstol, de Madrid. Por la tarde, baile público en la Plazuela de la Iglesia. Por la noche se rezó el rosario y cantó la letanía y Salve. Después se corrieron parejas, llevando los *parejantes* en la mano hachas de viento; estaba la plaza iluminada y con dos coros de música que tocaban alternativamente; después hubo refresco general en Palacio y baile que duró hasta las nueve de la noche, como en los días sucesivos.

Día 25.—Hicieron la fiesta los nietos y parientes del dichoso Juan Perdigüero, por ser el día del milagro. Encargué la misa mayor a mi hermano el Doctor D. Manuel Nicasio Gómez Cuéllar, Cura propio de Canillas y Hortaleza. Predicó el P. Francisco de Guzmán, conocido por *el Canario*, Lector jubilado del orden de San Francisco. En este día, por la tarde, se hizo la procesión general de uestra Señora, dirigiéndose por la Plaza y calle de Arriba a la casa del Milagro, que estaba adornada con colgaduras y pabellones de damasco, y a su puerta paró la procesión y la música cantó arias y motetes alusivos al asunto. Esta procesión fué muy lucida y vistosa por el buen orden que observó, sin embargo de la mucha gente forastera que concurrió a ella. Los vecinos se esmeraron en adornar sus casas; fué en ella la danza ricamente vestida; se llevaron las banderas de la Ermita de la Paz; asistieron las cofradías con su cera e insignias; la presidió el señor Conde de Puñonrostro, que asistió y autorizó todas las funciones, como señor de esta Villa; acompañaron a la Santísima Virgen, en su procesión, varios Grandes de España y sujetos de la mayor distinción y nobleza; concluida la procesión, se rezó el rosario y demás, como en los días

precedentes. Por la noche, música y baile en Palacio.

Día 26.—Hizo la fiesta Dionisio Valdemoro y Alcántara, vecino de esta Villa, en cumplimiento de la promesa que hizo a la Virgen por haberle curado de una grave enfermedad. Encargué la misa a D. Miguel Méndez y León, Canónigo de Burgos. Predicó el P. Miguel de Jesús María, Ex-Comisario General de la Provincia de Tierra Firme, conocido por *el Sordito*. Por la tarde, parejas en la Plaza, y se corrieron sortijilla, estafermo, cañas y cintas, artesilla y otras diversiones. Por la noche, rosario y demás, como en los días precedentes; después, diversión en Palacio.

Día 27.—Se hizo la fiesta por los devotos de Madrid, que contribuyeron con sus limosnas. Encargué la misa a D. Mariano Sacroz, Capellán del Sr. Conde de Puñonrostro. Predicó el P. Tomás de la Virgen, Trinitario. Por la noche, el rosario. Después, música y baile en Palacio.

Día 28.—Hicieron la fiesta los vecinos de esta villa de Alcobendas, que todos contribuyeron con sus limosnas, según sus posibles. Encargué la misa a D. Francisco Antonio Sagasti, Teniente Beneficiado más antiguo en esta Iglesia. Predicó el P. Saturio de San Serapio, Mercedario descalzo de Alcalá de Henares. Por la tarde, baile público en la Plaza. Por la noche, el rosario. Después, baile en Palacio.

Día 29.—Hizo la fiesta el Ayuntamiento de esta villa de Alcobendas. Encargué la misa a D. Manuel Benito, Teniente Beneficiado de esta Iglesia. Predicó el P. Manuel García Lillo, Religioso Observante, de Madrid. Por la tarde, rifas y almonedas. Por la noche, el rosario. Después diversión en Palacio.

(Continuará).

“La elegancia del féretro, el ornato de la sepultura, la pompa de las exequias, son más bien consuelo de los vivos que ayuda para los muertos”.

Tip. Gambón : Canfranc, 3, Zaragoza